

Islandia 1686, una tierra aislada, poseída por la caza  
de brujas e inmersa en antiguas sagas.

# LA MUJER DE CRISTAL



CAROLINE LEA

Islandia, 1686. Tras su inesperado compromiso matrimonial con Jón Eriksson, Rósa abandona su hogar para instalarse en la remota e inhóspita aldea de Stykkishólmur. Pero sus nuevos vecinos desconfían de los forasteros. Sobre todo, de una mujer que, como ella, procede de los misteriosos umbrales de la civilización.

Pero Rósa también abriga sus sospechas. Su marido enterró a su primera esposa solo y en plena noche. Jón se niega a hablar de ello, pero le regala una figurilla de cristal cuyo significado Rósa no entiende. Los lugareños los miran no solo con recelo, sino con temor. Murmuran siniestras amenazas. Rósa intuye la presencia del mal. Aislada y lejos de su hogar, ve cernirse sobre ella la oscuridad. Y teme ser su próxima víctima.

Con la Islandia del siglo XVII como escenario, con su trasfondo de juicios por brujería y turbulencias volcánicas, *La mujer de cristal* es un relato poderoso y apasionante acerca de la superstición y la salvación, el amor y el miedo.

# Índice de contenido

Prólogo

Primera parte

Rósa

Segunda parte

Rósa

Tercera parte

Jón

Rósa

Jón

Rósa

Jón

Cuarta parte

Rósa

Jón

Rósa

Jón

Quinta parte

Rósa

Jón

Rósa

Jón

Rósa

Sexta parte

Rósa

Jón

Rósa

Jón

Séptima parte

Rósa

Una semana antes

Jón

Glosario de palabras islandesas

Agradecimientos

Nota de la autora

Sobre la autora

## Prólogo

*Stykkishólmur, Islandia, noviembre de 1686*

El día que tiembla la tierra, un cuerpo emerge de la panza del mar cubierto por una costra de hielo. Los dedos blancos se agitan como si estuvieran vivos.

Los hombres y mujeres de Stykkishólmur salen a trompicones al aire frío, lanzan maldiciones mientras los temblores arrojan terrones de turba sobre sus cabezas. Pero al ver el brazo haciéndoles señas desde el agua helada se paran en seco, boquiabiertos, dejando a medias las palabras.

Los hombres se lanzan adelante, gatean por los rugosos montículos de agua solidificada. Es un trabajo arduo. Él se afana entre los demás, la mano apoyada en la herida palpitante del costado. Cada sacudido de sus botas de piel de foca sobre el hielo le desgarran el aliento.

Detrás de él, la gente mira, a salvo sobre la nieve y la tierra helada. Nota cómo sopesan cada uno de sus pasos confiando en que el hielo ceda.

Recuerda cómo llevó el pesado cuerpo en la sábana enrollada, lastrado con piedras; recuerda cómo le dolía la herida mientras escarbaban entre la nieve y rompían el hielo con largas varas antes de arrojar el cuerpo dentro. El mar se lo tragó enseguida: un destello blanco esfumándose en la oscuridad. Pero el recuerdo del cuerpo pervivió, como las escenas salpicadas de sangre del final de las sagas: esos relatos ancestrales y ardorosos que se cuentan a los niños

desde la cuna y que inculcan a todo islandés la comprensión de la violencia.

Seis días atrás, masculló una oración sobre el agua negra y luego regresaron afanosamente a la casa. Cuando menguó la luna, una costra de hielo había cubierto el agujero y, cuando la pálida penumbra del sol invernal tiñó el cielo, la nieve lo tapó por completo. Los elementos esconden un sinfín de pecados.

Pero en Islandia la tierra nunca está quieta. Los temblores quejumbrosos o la succión de las aguas debían de haber desalojado las piedras y el cuerpo ha aflorado, meciéndose, y se ha abierto paso entre las grietas del hielo. Y aquí está. Saludando.

Resbala y cae pesadamente, gruñe cuando el golpe contra el hielo le atraviesa, punzante, el costado. Pero debe seguir adelante. Se endereza con esfuerzo, gime de dolor. El hielo se rompe bajo sus botas. Debajo de él, el agua negra traga, infinita y hambrienta. Él avanza con cuidado.

«Espacio. Espacio».

La tierra se estremece otra vez. No es más que la sacudida de un perro mojado, pero basta para hacerlo caer de rodillas. El mundo se reduce a planchas de hielo rasposas, en constante movimiento. Yace boca abajo, jadeando, a la espera del crujido que resonará como un hueso al romperse. Será el último ruido que oiga antes de que el mar se lo trague.

El hielo se queda inmóvil. El mundo deja de temblar. Se hace el silencio.

Se pone de rodillas y los dos hombres que van a su lado hacen lo mismo.

Intercambian una mirada y él asiente. El hielo se queja. Debajo, la negra corriente se filtra como un secreto.

—¡Aprisa o se os llevará otro temblor! —grita alguien en la orilla.

Suspira y se restriega el pelo con las manos.

—Sería mejor dejarlo —dice uno de los hombres, alto y de ojos negros, como si estuviera hecho de la misma roca volcánica y cambiante que la tierra.

El otro, de piel clara y cabello rojo como un celta, asiente.

—Hasta la primavera. Con más luz, se derretirá el hielo. Él se rasca la barba; luego menea la cabeza.

—Tenemos que sacarlo ahora... Tengo que sacarlo.

El más alto frunce el ceño, sus ojos oscuros se ennegrecen más aún.

—Volved —dice él—. No os arriesguéis.

Pero los otros hombres también menean la cabeza.

—Nos quedamos —dice el más alto quedamente.

La gente de la orilla sigue mirándolos: son diez personas, pero su nerviosismo y sus murmullos hacen que parezcan más. Se apiñan en grupos y mascullan, las bocas ocultas tras las manos cubiertas con mitones. Sus palabras forman grises vaharadas de sonido en el aire helado: el veneno circula como un miasma.

Ahora están más cerca del agua. El hielo se resquebraja bajo sus botas. Él levanta una mano. Se detienen.

Se tumba boca abajo y avanza despacio. Menos de un palmo por debajo de él, ve el abismo negro del mar. Delante de él, la figura envuelta en un sudario blanco se mece en el agua. Los dedos helados lo llaman, invitándolo a acercarse.

El hielo rechina los dientes.

Tantea con la guadaña y siente, con un arrebató de exaltación, que se traba en la ropa. Tira. El cadáver se acerca flotando; la mano pálida, tendida hacia su cara, oscila. Él se retira. Luego, la tela se rompe y se suelta de la guadaña. El cadáver se aleja.

—Déjalo —gruñe el hombre de cabello moreno.

Él vuelve a estirarse, tiende la guadaña. Sus músculos fríos protestan a gritos y su brazo se estremece sacudido por el esfuerzo. De un envión, la punta metálica traspasa la sábana. Él hace una mueca, como si el frío metal hubiera traspasado su propia piel; luego cierra los ojos, respira hondo y vuelve a empujar. La hoja se hunde en la carne.

Los otros dos hombres lo sujetan cuando empieza a tirar del cuerpo para sacarlo del agua. Una silueta oscura emerge despacio y cae salpicando sobre el hielo.

—Lo siento —dice con voz ronca.

Acarrean el pesado fardo por la banquisa, de vuelta a tierra.

Procura no mirar la mano muerta, que va rozando el hielo y la nieve medio derretida, como un niño recogiendo nieve para hacer con ella una bola. El humo de las hogueras de los predios cercanos dibuja garabatos negros en el aire gélido: oscuros signos rúnicos que se superponen al aliento blanco y nervioso de los aldeanos.

Al acercarse los hombres a la orilla, los aldeanos se adelantan, se agitan como ansiosas aves carroñeras, pugnando por ser los primeros en cebarse con este inesperado festín.



## Primera parte

*Largas son las pruebas que ha de soportar un hombre.*

Proverbio islandés, de la *Saga de Grettir el Fuerte*

## Rósa

*Skálholt, agosto de 1686*

Rósa está sentada en el *baðstofa* de la casa de la que su madre y ella son, desde hace poco, las únicas dueñas. Un filo de viento se cuela por los huecos entre la pared de tepe y el ventanuco hecho con un pellejo de oveja blanquecino, despojado de su lana y estirado hasta hacerlo más fino y traslúcido que el costoso papel traído de Dinamarca.

Rósa se estremece cada vez que el viento tira de su túnica, pero se ciñe el chal sobre los hombros y se arrima más aún al hueco para aprovechar la luz mortecina.

Moja la pluma en el precioso pote de tinta.

*Mi querido Jón Eiríksson:*

*Te escribo para suplicarte piedad y comprensión, marido mío.*

*Pétur, tu aprendiz, ha llegado hoy con tu amable regalo de tres vestidos de lana y me ha pedido que me reúna contigo en Stykkishólmur. Deseo ser una esposa servicial en este nuestro reciente matrimonio, pero me temo que no puedo reunirme contigo*

Rósa se detiene, se muerde el labio y se arrebujá en el chal. Tacha el *no puedo* y escribe *no voy a*. Le tiembla la mano y aprieta tan fuerte que la punta de la pluma se rompe, salpicando de tinta sus palabras.

Le escuecen los ojos. Gime, hace una bola con el papel y lo tira al suelo.

—Recoge eso, niña —la reprende su madre desde la cama de enfrente con voz sibilante—. ¿Acaso somos más ricas que Niord, que podemos permitirnos derrochar buen papel y buena tinta?

Una tos estertorosa le borbotea del pecho.

—Perdóname, mamá. —Rósa sonríe con los dientes apretados, luego recoge el papel y lo alisa sobre su rodilla—. No se me ocurre... —Siente que le tiembla el mentón y se muerde el interior de la mejilla.

Su madre sonríe.

—Estás nerviosa, claro. Tu marido se hará cargo, da igual lo que escribas. Recuerdo cuando me casé con tu padre...

Rósa asiente en silencio. De pronto tiene una piedra en la garganta.

La sonrisa de Sigridúr se borra. Da unas palmadas sobre la cama, a su lado.

—Esto no es propio de ti. Siéntate aquí. Eso es. Bien, ¿qué te preocupa?

Rósa abre la boca para responder, pero no encuentra palabras para expresar la angustia aplastante que siente al pensar en abandonar su aldea para vivir con un desconocido al que de pronto ha de llamar «marido». Cuando piensa en él, no ve su cara, sino solo sus manos: fuertes y morenas. Se las imagina manejando los remos o retorciendo el pescuezo de un pollo.

De pronto Sigridúr la agarra de las manos.

—¡Basta ya de eso!

Rósa se pregunta por un momento cómo es que sus pensamientos eran tan visibles. Luego se mira las manos y se da cuenta de que, sin pensarlo, había empezado a trazar el *vegvísir* sobre su palma.

—¡Nada de runas! —sisea Sigridúr.

Rósa asiente y cierra los puños.

—Lo sé.

—No puedes saberlo. Has de recordarlo. Tu marido no es como era tu *pabbi*. No va a pestañear y a fingir que no ve lo que tiene delante de las narices. Delante de él solo debes citar versículos de la Biblia o himnos. Nada de runas, ni de sagas. ¿Entendido?

—No soy tonta, mamá —murmura Rósa.

A Sigridúr se le relaja el semblante y acaricia la mejilla de Rósa.

—No temas. Si te cansas de sus rezos, espera hasta que esté dormido y luego dale en la cabeza con su Biblia, échalo a dormir a la nieve y atranca la puerta.

Rósa sonrío a regañadientes.

Sigridúr suelta un bufido y añade:

—Para que se lo zampen los *huldufólk*.

Rósa levanta los ojos al cielo.

—Mamá, por favor. Ni siquiera en broma. Tú misma lo has dicho.

—No temas —dice Sigridúr—. Aquí nadie nos oye. —Hace una pausa y sus ojos relucen—. Además, los *huldufólk* prefieren comer niños.

—¡Mamá!

Sigridúr levanta las manos.

—He de reír mientras pueda, cariño mío. Casarte... —Tuerce la boca—. Y con un hombre de tan lejos...

Rósa siente agitarse de nuevo su angustia y la sofoca.

—Acuérdate, mamá, tepe nuevo para el tejado, un fogón grande, turba para quemar... Prende mucho mejor que el estiércol. Y, cuando lleguen los barcos de Copenhague, Jón comprará madera para ti. Imagínate, madera para forrar las paredes, mamá. Pielés en vez de lana tejida en casa. Estarás caliente todo el invierno. Con el tiempo, se te pasará esta infección.

—Tu *pabbi* te enseñó a discutir, de eso no hay duda. Y pensar que vas a ser la esposa de un pescador... ¡Qué desperdicio!

—No es un pescador corriente.

—Sí, el de *bonði* no es un título como para reírse de él. Sé que cultiva cebada en su granja y que comercia con los daneses. Oí su discurso, igual que lo oíste tú. Pintó una bonita estampa. Pero la gente dice...

—Eso son rumores, mamá, y no les prestaremos atención.

—Dicen que la primera mujer de Jón...

—Exageraciones.

Incluso a ella le suena áspera su voz, pero la distrae de la comezón que nota en las manos y los pies cada vez que piensa en estar a solas con ese hombre. Hace tres noches, soñó que su marido estaba tumbado encima de ella, pero tenía la cabeza y los hombros de un oso polar. Se inclinaba para besarla, abría las fauces de par en par y rugía. El olor a carne de su aliento le dio ganas de vomitar y se despertó con arcadas. Le preocupa que ese sueño sea un presagio y ha intentado una y otra vez escribir a Jón, retrasar su viaje a Stykkishólmur. Luego, sin embargo, escucha cómo le pita a su madre el pecho y se da cuenta de que ha tomado la decisión correcta. A veces, cuando cierra los ojos, no ve la cara de Jón sino la de otro hombre: una cara más familiar que la suya propia. Una mano que le aparta el pelo de la frente. Pero también sofoca esa idea y dice:

—No vamos a hablar de la primera mujer de Jón. Son chismorreos envidiosos que solo pretenden asustarme. Tú misma lo dijiste.

Sigrídur asiente despacio, mirándose las manos entreveradas de azul por el frío.

—Pero, aun así, Stykkishólmur está a cuatro días de camino a caballo. Es una tierra cruel, sobre todo después del duro invierno del año pasado... Dicen que hay en el mar témpanos de hielo que no se han derretido en doce meses. ¿Y por qué te quiere a ti?

—Cuántos cumplidos, mamá. Deja de alabarme o me inflaré tanto que no cabré en la casa.

Sigridúr sonrío.

—¡Calla! —dice—. Tú sabes que te tengo en un pedestal, pero... ¿por qué no ha elegido a una muchacha de su aldea?

Rósa se ha hecho la misma pregunta muchas veces, pero extiende el brazo y aprieta los dedos fríos de su madre.

—Debo de ser irresistible.

Sigridúr sonrío con tristeza.

—Tu *pabbi* habría sabido qué hacer.

—Yo también lo echo de menos.

Rósa la abraza, cierra los ojos y aspira aquel olor agrio a lana y sudor que le recuerda a su infancia.

Su padre, Magnús, obispo de Skálholt, murió hace casi dos años. Empezó con dolores de estómago y al cabo de un mes el vientre se le había hinchado como si estuviera encinta.

En la aldea se murmuró, cómo no, que era obra de alguna bruja que le guardaba rencor, enojada quizá porque hubiera prohibido las runas y los conjuros mientras que los obispos anteriores leían las sagas y la Biblia por igual. Magnús había desdeñado aquellos rumores, denunciándolos desde el púlpito y amenazando echar a los murmuradores de la iglesia. Aquello puso coto a las habladurías, pero no impidió que la enfermedad se extendiera por su organismo. Murió antes del solsticio, dejando escaso dinero y menos bienes a su mujer y su hija. Había vendido su próspera granja, con sus ventanas de cristal y sus paredes recubiertas de madera, y entregado el dinero para el mantenimiento de la iglesia porque prefería vivir en una casita estrecha, con la techumbre cubierta de hierba, como sus feligreses.

«Las riquezas alimentan el cuerpo, pero devoran el alma. Es mejor vivir humildemente, como Cristo».

En vida de él, sus vecinos habían sido generosos: además del diezmo semanal, les daban cerveza y carneros sufi-

cientes para mantener a la familia bien alimentada y crear un espejismo de prosperidad. Pero, tras la muerte de su *pabbi*, Rósa había tardado muy poco tiempo en comprender que su situación era desesperada.

Poco después, su madre contrajo un resfriado que borboteaba como un pantano sulfuroso cada vez que respiraba. Tumbada en el *baðstofa* por las noches, Rósa escuchaba las flemas que inundaban el pecho de Sigridúr y se acordaba de las lecciones de su *pabbi* acerca de los cuatro humores: si había demasiada agua en los pulmones, uno podía ahogarse en su propio cuerpo.

Veía a su madre consumirse y ahogarse al respirar, apergaminándose como una anciana, la piel grisácea, los ojos hundidos como cavernas. Sus deseos propios se marchitaron y su vida se redujo a un solo propósito: ayudar a su madre a sobrevivir.

El primer domingo de julio, un mes después de la muerte de Magnús, Rósa fue a la iglesia con intención de rezar pidiendo a Dios que la guiara. Esa mañana, su madre y ella se habían comido el poco *skyr* que les quedaba y eran demasiado orgullosas para pedir.

Camino de la iglesia se cruzó con Margrét, que estaba dibujando rayas en la tierra con un palo enfrente de su casa. Al oír los pasos de Rósa, se volvió y borró a toda prisa las rayas con el zapato.

—Solo era un versículo de la Biblia —dijo. Hizo una mueca y, adelantando la barbilla agresivamente, se remitió unos mechones de pelo gris bajo la cofia raída.

—¿Cuál? —preguntó Rósa sin poder refrenarse.

No era ningún secreto que Margrét no sabía leer ni escribir y que envidiaba el conocimiento de Rósa. Sin duda era una runa lo que estaba garabateando.

—Los Diez Mandamientos —le espetó Margrét—. En dibujos. No te sonrías tanto, Rósa. Te vi con ese jovencito tu-